

Los Siete Sellos de la Poesía

A su regreso de México, donde se ha especializado en metafísica trae Carlos de la Ossa un libro de poesía. Lo titula *IMPRIMATUR I* con un subtítulo orientador: *Sueños metafísicos*. Ha sido impreso el libro como "edicación privada del autor". Es de 1970, y alcanza 175 páginas. Son 20 poemas largos, divididos en estancias; entre ellos, diez elegías. Predomina el renglón corto, a veces de una sola sílaba. La impresión es agradable. Se les da la importancia que merecen, a los espacios blancos, tan útiles en la edición de poesía como los espacios verdes para la perspectiva estética de los edificios de gran estilo. Deslucen un poco la edición, la abundancia de erratas. Yo he contado hasta veinte.

Es un reto a la sensibilidad y la inteligencia del lector una clase de poesía como esta, cerrada en sí misma, sólo penetrable su total sentido cuando, poco a poco, el esfuerzo de interpretación haga el hallazgo de las claves de su creación. Eso sí, desde la primera lectura, uno se da a sí mismo la primera respuesta: ha experimentado la inefable vivencia de la poesía. Así, poesía, sin adjetivos. La lírica, cuando hay de veras emoción poética en lo que leemos, se comunica al ser con la inmediatez de lo evidente. Es una iluminación que no se formula; inefable, como la música; pero que no tiene que ver sólo con las palabras, con la armonía verbal, sino con la carga de sentido que ellas conducen. Y no me refiero a la carga de sentido lógico, literal, discursivo, que pueda darse a los versos, sino a la otra, a la que le da carácter poético a la expresión: la riqueza de alusiones inexpresables racionalmente, referidas al hombre, a su existencia, al mundo, a la naturaleza, a Dios, al tiempo, a la soledad, al amor, que sacan a cada palabra de la trivialidad normal del lenguaje y la convierten en vehículo de un misterioso mensaje, que tiene que ser descifrado.

Desde el primer poema, en que el libro se abre con la búsqueda de Dios y del amor y su posible hallazgo, hasta el final, en que se revela el juego sin fin del hombre con Dios, de Dios con el hombre, atravesamos la sustancia poética del libro llevando la imagen del hombre que busca al mismo ser que lo persigue:

*Quien eres tu, —Oh voz que me persigue—
Qué quieres de mí. Yo sólo amo
y camino tras tu música ...*

Muy pronto se nos hace ver cómo el nombre de Jerusalén, se refiere a la Humanidad misma, que es la que guarda los secretos de la existencia divina. La vida toda del hombre y del mundo camina hacia ese fin. El poema reitera las palabras *camino, pasos, años, tiempo, galope, dudas* y los temas de *enajenaciones, dispersiones, encuentros, lo fugaz de la dicha y aún el embrutecimiento*.

Poco a poco, el poema va hundiéndose y hundiéndonos en un mundo de alusiones esotéricas en que todo nombre sustantivo parece emerger de la raíz de una personal cosmología, y la poesía va cerrándose bajo la caja de siete sellos de lo escatológico. Tales, los poemas finales del libro, titulados: *Un cuento, Situaciones, Páginas azules, Pensamientos errantes*,



carlos de la ossa

tes, Aquel año. No en vano, en el poema titulado *Pensamientos errantes*, se ofrecen tres breves estancias dedicadas a los ángeles del Apocalipsis.

Agrego este colofón: Es una coincidencia significativa el hecho de que los libros de otros tres poetas comentados en esta columna, que son *Los nueve círculos*, de Victoria Urbano; *Líneas hacia la soledad*, de Leonor Soley; y *Dos libros de poesía para Nuevo Mundo*, de German Salas, revelan una inquietud parecida, de tipo religioso, independiente de toda confesión o iglesia. ¿No es esto significativo? Sobre todo, considerando que en este tiempo nuestro las estructuras seculares del catolicismo son cuestionadas por la misma iglesia, mientras la conciencia del hombre de hoy se debate en la soledad, la angustia, la ausencia de caminos, la alienación y el vacío moral. Es para meditarlo, evidentemente. ¿Y por qué los poetas? No hay que olvidar que los poetas son, al decir de Darío, *Torres de Dios*.